

XXVIII Domingo Tiempo ordinario

Sabiduría. 7, 7-11; Hebreos 4, 12-13; Marcos. 10, 17-27

«Maestro bueno, ¿qué he de hacer para heredar la vida eterna?»

14 Octubre 2012 P. Carlos Padilla Esteban

«No queremos vivir tristes, porque la tristeza nos ancla a la tierra y no deja que el alma navegue por los mares de la misericordia de Dios»

La tristeza se puede considerar en ocasiones como un pecado que nos quita la fuerza para luchar por la verdadera santidad. No estoy hablando, como es natural, de la tristeza que acompaña al dolor por la pérdida de un ser querido, o de aquella que surge al llegar el fracaso a nuestra vida, cuando los planes que parecían hacernos felices no nos resultan; tampoco es pecado esa tristeza que se apodera del alma como consecuencia de una enfermedad y nos lleva a perder el sentido de la vida; o aquella que acompaña en la vejez, cuando el corazón parece perder la esperanza y permanece mudo. No, esa tristeza no puede ser pecado, porque tiene razones para existir y nos hace sufrir sin desearlo. También el amor nos puede dejar heridos y provocar en el alma una tristeza profunda. Decía el P. Fernando en la homilía de la eucaristía celebrada con motivo de sus bodas de plata sacerdotiales: «*El amor es lo único que nos hiere profundamente y, si somos honrados con nosotros mismos, nos damos cuenta de que nuestras grandes tristezas se deben a que hemos sido heridos en el amor*». Esa herida provocada por haber amado y haber resultado heridos en la entrega, tampoco es un pecado. No puede serlo. El amor nos hace grandes, nos hace personas, nos hace madurar, pero también nos deja heridos. Herimos en ocasiones al amar y también somos heridos al ser amados o rechazados. El amor que no es pleno nos deja tristes. Es una tristeza que no desaparece fácilmente. Podemos sufrirla sin buscarla; la padecemos como parte del equipaje, y suplicamos la gracia de ser capaces de caminar en paz con ella. Claro que sería bueno que desapareciera del alma para poder así vivir con alegría y pasión nuestra vida, aún en los momentos más dolorosos del camino. Pero no es tan sencillo. Es una gracia de Dios que tendríamos que pedir cada día, para poder sonreír en el dolor o en la soledad, en la enfermedad o en la vejez, en el fracaso y en las heridas.

No obstante, no toda tristeza tiene una causa que justifique su existencia. Es importante recordar que la tristeza era considerada el octavo pecado capital hasta que San Gregorio Magno pensó que podía asimilarse a la pereza y redujo a siete los pecados capitales. De esa forma, hoy casi ni se ve como pecado. Sin embargo, como recuerda José Luis Martín Descalzo: «*La tristeza que yo señalo como pecaminosa es la tercia, esa especie de masoquismo en ver el mundo como pura oscuridad y olvidarse de que, incluso en medio de la noche, Dios sigue amando al hombre*»¹. Hay tristezas cuya causa es desconocida para nosotros mismos. Nos sentimos tristes e ignoramos su causa. Tal vez porque no nos dejamos tiempo para profundizar en la hondura del corazón. Hay tristezas que nos dejan sin aliento, sin fuerza para dar la vida. Hay tristezas que nos llevan a pecar, a caer en el egoísmo, huyendo de los hombres. Hay tristezas que nos hacen girar en torno a nuestro yo, de forma egoísta y ególatra. A veces pecamos por esa tristeza que nos lleva a actuar exigiendo, pidiendo lo que no nos pueden dar. Una persona lo explicaba así: «*Pensaba en la cantidad de expectativas que pone el hombre actual en su relaciones amorosas. Culpamos al otro de todo lo que nos falta, por eso somos impacientes e infieles. Todos cargamos con un plus de soledad que nadie puede resolvemos. Y es*

¹ José Luis Martín Descalzo, “Razones desde la otra orilla”

muy injusto que responsabilicemos a los demás de no dejar nunca de sentir miedo. El amor nace con tanta fuerza que emborracha tus sentidos y te hace creer que eres inmortal. Luego aterriza, y surge la culpa de volver a ver las grietas; las tiene siempre el otro. Es tan cómodo que la culpa la tenga siempre otro. Yo aún estoy buscando al responsable de mis angustias con la espada desenvidainada». Esta tristeza se convierte en fuente de pecado. Exigimos sin dar aquello que nos falta y vivimos sin luz. Es esa tristeza que no nos deja alegrarnos con los pequeños regalos de la vida y no nos permite ver la botella medio llena. Es esa tristeza pecaminosa que nos quita todo atisbo de felicidad y nos empobrece; nos hace culpabilizar a los demás de nuestras caídas y buscar siempre, fuera de nosotros, al responsable de nuestra mala suerte. Añade José Luis Martín Descalzo: «*La tristeza mala es, pues, la de quien se entrega a la tristeza, quien se rinde a ella, en el fondo por falta de coraje e incluso por comodidad. Séneca explicó muy bien que “la tristeza, aun cuando esté justificada, muchas veces es sólo pereza, ya que nada necesita menos esfuerzo que estar triste”*». No queremos vivir tristes, porque la tristeza nos ancla a la tierra y no deja que el alma navegue por los mares de la misericordia de Dios. Todos tenemos en el alma un deseo profundo de felicidad plena y eterna y en el camino experimentamos la limitación. La tristeza logra que seamos fácil presa de la tentación que nos lleva, al sentirnos heridos, a herir con nuestras palabras, **con nuestros gestos de indiferencia, con nuestra incapacidad para amar con un corazón alegre y humilde.**

La tristeza se combate poniendo una buena cuota de alegría en nuestra vida, aunque no siempre sea tan fácil. El salmo nos recuerda una actitud positiva ante la vida, una actitud que es un don: «*Sáclanos de tu misericordia y toda nuestra vida será alegría y júbilo. Enséñanos a calcular nuestros años, para que adquiramos un corazón sensato. Vuélvete, Señor, ¿hasta cuándo? Ten compasión de tus siervos. Danos alegría por los días en que nos afligiste, por los años en que sufrimos desdichas. Baje a nosotros la bondad del Señor y haga prósperas las obras de nuestras manos*» Sal 89, 12-13. 14-15. 16-17. Queremos tener un corazón así, que logre vencer las tinieblas oscuras que nos hacen contemplar nuestra vida con una mirada negativa. Decía Matthieu Ricard (Monje Budista): «*La felicidad es un estado mental, una forma de ser y ver la vida, que debe ser trabajada y practicada y que no funciona si nos preocupamos sólo de nuestra propia felicidad; cumplir el amor altruista es el camino a la felicidad*». El otro día me sorprendía escuchar a una persona casada que me comentaba lo sorprendida que estaba al haber escuchado, después de muchos años de matrimonio, que uno se casa para hacer feliz al otro. Es cierto que muchos se casan para ser felices ellos mismos. Pero entonces se olvidan de lo esencial: somos más felices cuando damos que cuando recibimos. Parece una obviedad, pero no lo es tanto. Nos acostumbramos a recibir, y, cuando no lo hacemos, cuando nadie nos da lo que esperamos, cuando no nos dan la palmada en la espada en gratitud por nuestra entrega, surge la tristeza. Sin embargo, **la verdadera alegría nace cuando buscamos la felicidad de los que nos rodean y dejamos de buscarnos egoístamente.**

Esta semana ha comenzado el Año de la fe. Ha tenido lugar el jueves 11 de octubre, en el 50 aniversario de la apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II por el beato Juan XXIII. Decía Benedicto XVI al convocarlo: «*La Iglesia existe para evangelizar. Fieles al mandato del Señor Jesucristo, sus discípulos fueron por el mundo entero para anunciar la Buena Noticia, fundando por todas partes las comunidades cristianas*». La fe, en el tiempo que vivimos, se ha debilitado. Muchos hombres hoy no creen en Dios, ni en su amor. Y los que creen lo hacen con poca fuerza. El hombre de hoy parece no necesitar a Dios, porque él mismo quiere ser como Dios. Decía el P. Kentenich. «*Para convertir a un hombre que quiere ser Dios hay que dejar que escarmiente en carne propia, que se quiebre su vitalismo. Las graves crisis de estos tiempos, similares a una tempestad, pueden hacerlo entrar un poco en razón. Pero no curaremos nuestro mundo de un día para el otro*»². El hombre que quiere ser Dios tiene que probar la medicina del fracaso, de la enfermedad, de la soledad, de la pobreza y el dolor, para poder ver en su corazón el anhelo de infinito que ha ido acallando. Es necesario que se confronte con su

² J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 60

vulnerabilidad, con su contingencia, para que pueda surgir así en su corazón la pregunta que escuchamos en el Evangelio: «*Se ponía ya en camino cuando a su encuentro y arrodillándose ante él, le preguntó: - Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?*». El hombre de hoy ha perdido la esperanza porque ya no cree en un Dios todopoderoso. El beato Juan XXIII cuenta que una noche estaba desvelado por los problemas que se cernían sobre la Iglesia. Entonces reflexionó: «*Juan, ¿quién conduce la Iglesia, tú o el Espíritu santo? El Espíritu Santo, contestó. Entonces se dijo: por lo tanto, Juan, vamos a dormir*». Cuando Dios no conduce, el hombre es dueño del timón y el miedo y la angustia se hacen fuertes. Entonces se acalla en el alma esa pregunta desgarradora, desestabilizadora, que anhela la eternidad. Porque el hombre de hoy parece que ya no quiere pensar en la vida eterna y prefiere vivir sólo esta vida efímera que nos toca vivir. Falta fe para creer en un mundo mejor aquí en la tierra y, por supuesto, para pensar en una vida eterna y en un Dios todopoderoso y lleno de misericordia. Decía Benedicto XVI en «*Porta Fidei*»: «*Como la samaritana, también el hombre actual puede sentir de nuevo la necesidad de acercarse al pozo para escuchar a Jesús, que invita a creer en Él y a extraer el agua viva que mana de su fuente* (cfr. Jn 4, 14). *Debemos descubrir de nuevo el gusto de alimentarnos con la Palabra de Dios, transmitida fielmente por la Iglesia, y con el Pan de la vida, ofrecido como sustento a todos los que son sus discípulos* (cfr. Jn 6, 51)». El año de la fe quiere despertar la sed en el corazón del hombre que ha perdido el rumbo. Quiere llevarlo a beber de la fuente de vida eterna que mana del corazón de Dios. La Iglesia quiere ser el hogar en el que encuentre descanso, en el que experimente la misericordia y pueda volver a tener fe. Para lograrlo la única herramienta que tenemos es el amor. Decía Benedicto XVI: «*La fe sólo crece y se fortalece creyendo; no hay otra posibilidad para poseer la certeza sobre la propia vida que abandonarse, en un in crescendo continuo, en las manos de un amor que se experimenta siempre como más grande porque tiene su origen en Dios*»³. El amor fortalece la fe. Amor y fe se alimentan mutuamente. *Hoy le pedimos a Dios que aumente nuestra fe.*

Jesús escucha con esperanza y alegría la pregunta del joven: «*Jesús le dijo: - ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios. Ya sabes los mandamientos: No mates, no cometas adulterio, no robes, no levantes falsos testimonio, no seas injusto, honra a tu padre y a tu madre. Él, entonces, le dijo: - Maestro, todo eso lo he guardado desde mi juventud. Jesús, fijando en él su mirada, lo amó*». Me impresiona el amor de Jesús hacia el llamado joven rico. Fijó en él su mirada y lo amó. ¿Qué amó en él? ¿Amó esas normas que cumplía con solicitud? ¿Amó su aparente perfección? ¿Amó su deseo de ser santo? Amó, sin duda, su autenticidad, ese deseo verdadero que le hacía buscar la perfección. El joven quería el bien, deseaba llegar a lo más alto, anhelaba la eternidad. Para ello era capaz de cumplir todo lo que Dios le pedía. Cumplía porque en él había un deseo profundo de tocar la eternidad. Sin embargo, parece que no era pleno. ¿Por qué no era feliz? ¿Qué le faltaba a su corazón? Es cierto, parece que no basta con cumplir las normas para ser feliz. ¿No basta entonces con cumplir lo que Dios nos manda para alcanzar la vida eterna? Jesús le dice: «*Una cosa te hace falta: anda, vende lo que tienes, dale el dinero a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego, ven y ségueme. Abatido por estas palabras, se marchó tristecido, porque tenía muchos bienes*» Marcos. 10, 17-27. El joven no era capaz de dejarlo todo, porque era rico, porque estaba atado. Cumple con las normas, pero su corazón está apegado a la tierra y no se libera. Entonces su alma se llena de tristeza. Una tristeza que sí es pecado, porque esclaviza el corazón, porque no deja volar hasta lo más alto. El otro día leía: «*Muchos han llegado al final con dudas que ya nunca tendrán respuesta y morirán con la pregunta amarga de si en tal o cual momento debieron haber tomado otro camino. Entiendo que cuando se tiene una estabilidad, aunque sea en algo que sabemos que no es lo que realmente queremos, es difícil renunciar a la seguridad de lo que se tiene y lanzarse a buscar lo que no se sabe si se encontrará*»⁴. Tal vez le pesaba el miedo a perderlo todo, a no tener seguros, a dejar que la vida no fuera la vida soñada. Tenía miedo a dejar de disfrutar lo que ya poseía y ese miedo hacía que el ideal perdiera su fuerza. Pierde el valor y no se atreve a saltar.

³ Benedicto XVI, “*Porta fidei*”, carta apostólica

⁴ Alberto Reyes Pías, “*Historia de una resistencia*”, 58

Al ver la reacción del joven al que había amado, Jesús exclama: «*Jesús, mirando a su alrededor, dice a sus discípulos: - ¡Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios! Los discípulos quedaron sorprendidos al oírle estas palabras. Mas Jesús, tomando de nuevo la palabra, les dijo: - Hijos, ¡qué difícil es entrar en el Reino de Dios! Es más fácil que un camello pase por el ojo de la aguja, que un rico entre en el Reino de Dios. Pero ellos se asombraban aún más y se decían unos a otros: - ¿Y quién se podrá salvar? Jesús, mirándolos fijamente, dice: -Para los hombres, imposible; pero no para Dios, porque todo es posible para Dios».* Para los hombres es imposible. Parece muy difícil cortar todas las ataduras. Casi imposible renunciar a nuestros seguros. Pero ya lo comenta San Beda: «*En donde es de notar que no dice: ¡Cuán imposible es! sino ¡cuán difícil es! Porque lo que es imposible no se puede hacer de ningún modo, mientras que lo difícil sí, aunque cueste mucho trabajo*». Lo imposible no es posible llevarlo a cabo. Sin embargo, lo difícil sí, pero con esfuerzo. Pero no sólo nuestro esfuerzo, Dios hace posible la santidad. Sin embargo, parece que hoy el esfuerzo importa poco. No se valora el trabajo oculto y pequeño, rutinario, ese trabajo que no produce réditos inmediatos. Decía Toni Nadal, entrenador del tenista Rafael Nadal: «*Mejorar y aprender cuesta. No creo en la educación lúdica. Aprender no es divertido. Sólo se puede lograr el éxito con mucho trabajo y hay que recordar que siempre, siempre, hay margen de mejora*». Y señala la importancia de mantener fija la mirada en lo que soñamos porque «*el fracaso no es no llegar a ser lo que uno aspira, el fracaso es no intentarlo*». El drama del llamado joven rico no era su condición social, ni sus riquezas; su drama, el origen de su tristeza, era su incapacidad de intentar llegar allí donde soñaba. **Le parecía demasiado exigente y duro, y no se veía capaz de soltar el ancla.**

A veces en la vida nos llenamos de normas, como le pasaba al joven rico. Lo que tenemos que hacer, lo que nos conviene, lo que las noticias dicen que hay que hacer, lo que las leyes nos exigen, lo que nosotros nos exigimos desde niños, aquello que los que nos quieren nos piden y esperan de nosotros. Normas buenas y malas, necesarias e innecesarias. Vivimos obedeciendo y cumpliendo, intentando hacer buena letra. Llegamos exhaustos al final del día después de haber cumplido lo que tenemos que cumplir. Porque, si no lo hacemos, escuchamos reproches, recibimos castigos, nos reprenden, nos penalizan, nos critican y aíslan. Perdemos la fama o la gloria, dejamos de ser respetables por haber fallado y no ser perfectos. De esta forma vivimos con un cierto stress. Y en el fondo del alma deseamos una vida distinta. Con menos normas, quizás con más amor. Porque lo que falta en nuestra vida es amor. El joven rico cumplía normas. Pero le faltaba amor. Tal vez ese amor que nos capacita para hacer locuras, para dejarlo todo por amor. El otro día el P. Fernando Baeza hablaba del amor, porque el amor es más fuerte: «*El amor es lo que nos hace personas, es lo que nos da calidez y nos ayuda a ser mejores. Apostar por el amor significa apostar por la verdadera vida. No nos cansemos de amar y, ojalá, llegar a lo que Dios en realidad nos pide: amar profundamente e incondicionalmente; es lo único que sana y nos hace libres*». El amor libera y nos libera. Las normas cumplidas sin amor nos esclavizan y nos quitan la alegría. Decía el P. Kentenich: «*Vínculos obligatorios solo los necesarios, libertad la máxima posible y ante todo, máximo cultivo del espíritu*»⁵. Para el Padre Kentenich educar consiste en educar para la libertad, para vivir la vida con magnanimidad. Se trata de tener un alma grande que no se limite al cumplimiento de lo mandado, sino que aspire a lo más alto. Un alma capaz de amar más allá de las obligaciones. Muchas personas viven de mínimos, de obligaciones y se contentan con poco, tal vez no desean la vida eterna. Cumplen la ley, pero les importa poco el espíritu que la sostiene. No actúan movidas por el amor, sino por el deber que se les impone. Decía el P. Kentenich: «*El hijo hace las alegrías de su padre, se porta bien porque sabe que así lo desea su progenitor. He aquí la actitud generosa, la de los santos, la del verdadero y genuino hijo de Dios*»⁶. Claro que hacen falta normas, las mínimas necesarias, pero siempre desde el amor, en libertad y dejando que lo que hacemos se llene de vida y espíritu. **Aunque a veces las normas nos den seguridad, si no están llenas de espíritu y amor, simplemente nos atan.**

⁵ José Kentenich, “*El secreto de la vida de Schoenstatt*”, I (1952), 30

⁶ J. Kentenich, “*Niños ante Dios*”, 62

Pedro parece compararse con aquel joven que no había sido capaz de dejarlo todo. Puede haber incluso algo de vanidad en sus palabras: «*Pedro se puso a decirle: -Ya lo ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido*». Pedro muestra sus galones y le recuerda a Cristo el valor que han tenido para seguirle. Es cierto, lo han dejado todo. Han cortado sus ataduras, han iniciado un nuevo camino a su lado. Las riquezas no los retuvieron, no se quedaron anclados a sus miedos y seguridades. Rompieron las cadenas y siguieron a Jesús. Tal vez en sus palabras se esconde un sano orgullo. No se arrepiente del paso dado. Representa a aquellos que lo acompañan. Sí, han sido valientes. Con miedo, seguro, pero valientes. Hoy queremos alegrarnos de nuestra fe. Del salto que damos cada día para seguir a Jesús. Queremos reconocer la alegría de haber sido llamados y haber sido capaces de dar el paso. Benedicto XVI comenta la importancia de esa fe que nos hace testigos de su vida: «*Con su misma existencia en el mundo, los cristianos están llamados efectivamente a hacer resplandecer la Palabra de verdad que el Señor Jesús nos dejó*»⁷. Porque siempre existe el miedo al fracaso, el miedo a que no nos resulte todo tal como soñamos. Y, sin embargo, hoy somos capaces de dar testimonio de nuestra fe en el mundo. Somos valientes y lo seguimos. Y la consecuencia de estar con Jesús es clara. En el fondo del alma a todos nos alegran estas palabras: «*Jesús dijo: -Yo os aseguro: nadie que haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o hacienda por mí y por el Evangelio, quedará sin recibir el ciento por uno: ahora, al presente, casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y hacienda, con persecuciones; y en el mundo venidero, vida eterna*». Tal vez sólo nos incomodan las persecuciones. Porque cuando todo va bien no pensamos en los peligros, en el fracaso o en el rechazo. **Ellos tampoco pensaban en las persecuciones. Sin embargo, Jesús deja clara cuál es la suerte del que sigue al que va a ser crucificado.**

El amor entonces es lo que nos hace capaces para ese seguimiento. Nadie puede seguir a Cristo por obligación, porque pronto, cuando lleguen el cansancio y la oscuridad, cuando haya persecuciones, surgirá el miedo y cesará el seguimiento. Cristo sólo deseaba que ese joven lo siguiera, que estuviera con él y descansara en su presencia. No quería frutos, ni la excelencia del trabajo bien hecho. Sólo quería estar con él porque lo amaba, tan simple como eso, ¿por qué nos complicamos tanto a veces? Nos imaginamos un Dios exigente, lleno de normas y prescripciones. Un Dios juez sin amor, lejano y distante, duro como una piedra. Nos alejamos de ese Dios misericordioso, de la mirada compasiva de Cristo, del amor inmenso de María. Ella nos espera siempre en el Santuario, sin pedir nada, Ella, lo hemos vivido esta semana, nos espera y sostiene desde el Pilar de nuestra fe. Ella nos levanta en los momentos en los que perdemos la esperanza. Su amor es más fuerte que nuestra debilidad y eso nos da alas para la vida. De su mano recorremos los misterios de la vida, como hacemos cuando rezamos el rosario recorriendo la vida de Jesús. Su amor nos sostiene. Pero para poder actuar movidos por el amor es necesario que nos penetre el Espíritu de Dios. Así lo hemos escuchado hoy: «*Por eso pedí y se me concedió la prudencia; supliqué y me vino el espíritu de Sabiduría. Y la preferí a cetros y tronos y en nada tuve a la riqueza en comparación de ella. Ni a la piedra más preciosa la equiparé; todo el oro a su lado es un puñado de arena y barro. La amé más que la salud y la hermosura y preferí tenerla a ella más que a la luz, porque la claridad que de ella nace no conoce noche. Con ella me vinieron a la vez todos los bienes y riquezas incalculables en sus manos*» *Sabiduría. 7, 7-11.* Viviendo en Dios adquirimos aquellos dones que no son nuestros, dones que nos asemejan a Dios, que nos hacen su propiedad y nos liberan. Pero siempre surge la misma pregunta: «*¿Cómo se puede aumentar nuestra fe? ¿Cómo se camina hacia la vida eterna?*» El otro día leía una comparación que me pareció interesante. A un maestro le preguntaron cómo se podía crecer en la continua presencia de Dios en la vida. Él les contestó: «*Es estar conscientes de esto no sólo durante la meditación, sino constantemente, en lo cotidiano. El proceso es como llenar un colador con agua. No se logra vertiendo pequeñas dosis de vida divina en alma, sino arrojándonos dentro del mar de Dios*». **El alma no se llena de Dios a través de pequeños ratos que dedicamos a la oración. Se trata de vivir sumergidos en Dios y en María. Se trata de vivir con ellos, de estar a su lado.**

⁷ Benedicto XVI, “Porta fidei”, carta apostólica